

“Cartas sin enviar”

Parte 1: Hoy te escribo sin que lo sepas

No sé si me has visto alguna vez. Quiero decir: de verdad.
Pero eso no me importa. Porque este sentimiento no nació de algo concreto, sino del simple hecho de observarte. De aprenderte sin tocarte.
De imaginar que, si yo fuese valiente, tú me verías y sabrías de mi existencia. No tengo intención de enviarte esto. ¡Ni loca! Lo escribo para mí, porque ya no me cabe en el pecho. Y porque me he dado cuenta de que hay amores que solo existen cuando se callan.

Parte 2: Lo que sé de ti sin que me lo cuentes

Sé cómo sonrías cuando algo te gusta de verdad.
Sé que frunces el ceño cuando piensas, y que a veces te pasas los dedos por el cuello, como si te incomodara estar en tu propia piel.
Sé que te gusta el café solo, que hablas poco por las mañanas y que, aunque pareces fuerte, hay algo en tus ojos que te delata.
Todo eso lo sé sin que me lo hayas dicho.
Y aún así, no te conozco. O quizás sí. Quizás te he inventado tantas veces, que ya eres tan mío como real.

Parte 3: La parte que me duele escribir

No quiero que esto suene triste, pero lo es un poco.
Porque enamorarse de alguien que no te ve es como hablarle al eco. Te devuelve algo, sí, pero siempre es lo que tú misma dijiste.
Y duele, claro. Duele no tener derecho a reclamar nada. A querer sin permiso.
Pero también es hermoso.
Porque te tengo así, sin tenerte. Y eso me hace sentir viva.

Parte 4: Y aun así, te quiero

Si alguna vez lees esto, solo quiero que sepas que te quise bien.
Sin hacer ruido.
Sin molestar.
Sin pedir.
Te quise como se quiere lo que no es nuestro: con ternura, con respeto, con una tristeza dulce que no se cura, pero tampoco se desea curar del todo.
Y aunque no me conozcas, yo a ti te llevaré un poco siempre.
En el gesto, en la memoria, en el rincón exacto donde guardo lo que nunca dije.